

"Yo lo que quiero es ser Presidente"

Respuesta al Dr. Luis Burstin

Mi amigo Luis:

Me toma usted de emisario para decir las cosas que por lo pronto no puede decir en su programa de televisión a causa de que al dueño del canal le dio la ventolera por cambiar todas las instalaciones. Y tenía que ser este servidor el pararrayos de sus descargas anímicas. Por lo visto, no logró usted contenerlas hasta para fines de mayo próximo, en que estará de nuevo en la pantalla chica para mortificación de algunos y —entiendo— que para solaz de muchos. Y como se ve que usted no es de los que se aguantan un buen abejón en el buche, pues recurre con la modestia que lo caracteriza a una singular coyuntura para hacer bulla de nuevo. Esa coyuntura fue mi nombramiento para un cargo de responsabilidad en el diario La Nación y el pretexto, congratularme o tratar de congratularme. Realmente no sé si agradecerle o no esa deferencia, porque aun cuando me proporcionó con la lectura de su larga epístola —que sus admiradores califican de documento político— un rato agradable, que osciló entre el interés y la curiosidad, su publicación en todos los diarios del país, me puso en el compromiso de tener también que decir algo. Algo tal vez no tan pretencioso como lo que usted prolijamente dice, pero algo que pueda satisfacer a sus enemigos —que no son pocos, créamelo— y no enfurecer a sus amigos, que deben ser legión.

Comienza usted con una felicitación que se queda en estado de tentativa, como dicen los penalistas. Y para justificar el hecho de no pasar de una buena intención, se larga luego con una serie de reflexiones, que va enlazando unas con otras, para llegar a donde desde un principio se propuso llegar. Usted lo dice en uno de esos lapsos en que sin quererlo, todos de pronto nos tornamos sinceros: "Pero mientras llega esa hora dichosa, y contraviniendo mis normas de conducta, quisiera poder salir al público por otro medio y comentarle dos o tres cosillas que se han publicado recientemente en los periódicos del país". Ya veremos cuáles son esas dos o tres cosillas que han publicado recientemente los periódicos que tanto desasosiego venían causando en su frío y pausado temperamento de hombre de ciencia. Entre tanto, déjeme decirle con la misma intimidad con que usted me cuenta sus secretos, que el camino de su extenso silogismo, desde el punto en que trata de felicitarme, hasta la moción de la diputada Mireya Guevara, es no solamente escabroso, sino también deliberadamente errático. En ese trayecto nos encontramos de pronto con Hobbes y luego con Freud, y francamente esto me puso la piel como carne de gallina. Y es que con la fama que tiene usted de inteligente y con un par de citas como esas al comienzo no más de sus meditaciones, cualquiera se desanima. Créame que estuve a punto de no seguir la lectura por miedo a que me fuera usted a meter quién sabe en qué vericuetos. Pero con la esperanza de encontrar pronto algún puerto seguro proseguí, hasta hacer pie en la primera cosa concreta: la moción famosa, de la no menos famosa diputada.

No crea que no me doy cuenta de que en ese periplo, hay cosas de gran interés para debatir fuera del contexto de su carta, como temas apasionantes. Sin embargo si uno se mete por esos desvíos, se pierde en una selva de problemas teóricos de donde es posible que no se pueda salir nunca, como usted mismo lo advierte. No obstante, como el propósito suyo al abrir esas digresiones, no es otro que el de hacerme ver, a mí, aparentemente, pero en realidad a todo el país, que los políticos y los periodistas no expresan en sus "sesudas exposiciones", ni en sus agudos comentarios o editoriales lo que ahí dicen, sino sus más recónditas debilidades, sus complejos y sus frustraciones, me he detenido en ellas, aunque no fuese sino para descubrir lo que usted busca, esto es, que todo lo que se dijo y publicó sobre Excelsior a propósito de la moción parlamentaria, no fue sino el desagüe de una serie de pasiones, de prejuicios y de propósitos inconfesables.

Si usted hubiera dicho todo esto directamente, sin el largo rodeo de una cadena de sugerencias, insinuaciones y pausas deliberadas, su carta habría carecido de misterio. De esta manera usted mismo es ejemplo y víctima del fenómeno de inautenticidad general que con tanta cautela pretende denunciar. Y es que el enigma, como recurso literario, cumple la misma función que las "sesudas exposiciones" como recurso político.

Como usted ve, "no me chupo el dedo". ¿Quién, don Luis, usando un método deductivo, rigurosamente cartesiano, no hubiera pensado que esa moción, salida de la Casa Presidencial según confesión de parte, no había sido animada por los promotores de Excelsior? Ahora sabemos que no fue así, pero a posteriori. El razonamiento lógico a que usted somete la cuestión, en virtud del cual demuestra que la iniciativa parlamentaria perjudica igualmente a La Nación y a Excelsior y beneficia por exclusión a todos los demás, y que por ende no pudo ser patrocinada por los promotores de la nueva empresa periodística, conforme al principio de que nadie se perjudica voluntariamente a sí mismo, es teóricamente válido. Pero usted bien sabe que la política, como praxis, es a veces contradictoria e inconsecuente, tortuosa y errática, y que no bastaba demostrar que la moción podía eventualmente perjudicar a su futuro periódico para no tener a sus promotores como promotores de esa iniciativa. Cabía siempre la posibilidad de una derogatoria más adelante, cuando los resultados previstos por la moción se hubieran consumado. De manera, Luis, que la sospecha recaída sobre ustedes, no obedeció a padecimientos de tipo freudiano, sino a conjeturas refrendadas por una serie de indicios de esos que los abogados llaman precisos, graves y concordantes.

Al sentirse usted airoso del cargo de querer destruir a La Nación, gracias al razonamiento que acabamos de ver, pasa casi de inmediato a otra de las incongruencias que está interesado en señalar y que con la moción parlamentaria forma parte de "las dos o tres cosillas que han publicado recientemente los periódicos del país". Los tópicos del partido único, del imperio Vesco y de la unión del poder político con el poder económico, que andan de boca en boca y en versiones diferentes según la pasión de cada cual, no hay que tomarlos propiamente como afirmaciones irresponsables de esas que según usted "no necesitan demostración y que se deben a que hablar es una de las pocas cosas que no pagan impuestos todavía". La mentalidad colectiva, como usted sabe, se guía más por intuiciones que por razonamientos discursivos y de esa manera desprende consecuencias de actitudes y conductas oficiales que considera dudosas o incorrectas. El caso por ejemplo, a que usted mismo alude de las reformas a la ley de extradición, es uno de esos actos dudosos e incorrectos que desatan las suspicacias del pueblo y dan pábulo a todo tipo de conjeturas. No voy a insultar la inteligencia suya, que para todos quienes lo conocemos está fuera de duda, demostrándole por qué esas enmiendas a la ley de extradición están directamente destinadas a proteger a Vesco de cualquier perturbación exterior. Pero usted, Luis, convendrá conmigo en que si después de una serie de episodios e incidencias que venían vinculando a este extranjero con el Presidente de la República, sale de la Casa Presidencial un proyecto como ese, todo lo que se piense y diga de ahí en adelante es responsabilidad misma de quien ni siquiera supo guardar la regla de oro de la mujer del César. Y no me diga, por favor, que los tribunales exoneraron al conspicuo financiero, porque no necesita usted ser abogado, ni tinterillo, ni haber siquiera tenido a mano un código penal, para saber bien que el reclamo planteado ante nuestros tribunales contra Vesco, fue desestimado por razones puramente formales y no de fondo.

Me interesa más, sin embargo, su punto de vista sobre otros tópicos. Habla usted de La Nación, de su papel destacado en el proceso de desarrollo político de la democracia costarricense. Le asigna luego a ese órgano de prensa el lugar de la antítesis en la triada dialéctica, porque según usted, La Nación se ha opuesto a las tesis sociales y políticas del partido Liberación Nacional. Concluye finalmente, en que todo esto no significa sin embargo, que "el diario La Nación haya desempeñado un papel positivo en el desarrollo de nuestra democracia social". Menudo elogio hace usted de La Nación. Si La Nación ha sido la antítesis de las tesis sociales y políticas del partido Liberación Nacional, y si sin antítesis no hay síntesis que es la condición misma del desarrollo y del progreso, entonces, don Luis, La Nación es copartícipe tanto de la democracia política, como de la democracia social de Costa Rica. Y lo es, porque como usted sabe, la antítesis, en el sentido hegeliano que usted mismo usa, no es la simple negación o oposición **contenciosa** de la tesis, como en los li-



Enrique Benavides

tigios judiciales, sino que al oponerse como antítesis a la tesis, le otorga verdad a lo que niega. Y esto es así porque en eso que niega o a que se opone, encuentra, precisamente, el apoyo o la condición misma del camino hacia la síntesis. Si La Nación ha jugado ese papel de antítesis de las tesis sociales y políticas de Liberación, tiene usted que admitir, conforme a la línea de su propio pensamiento, que en las realizaciones últimas y definitivas en materia de democracia política y social, tiene parte importante, en tanto que factor determinante, el órgano de prensa a que usted se refiere. Y es verdad, estimado Luis. Si de la especulación lógica pasamos a los hechos, a las realidades históricas, veremos claramente cómo ese papel de antítesis —en el sentido estricto que acabamos de ver— que usted le concede a La Nación, y que yo suscribo como un gran hallazgo suyo, se ha traducido en importantes rectificaciones a proyectos y programas de su partido, originalmente inadecuados e inconvenientes. El hecho de que La Nación se haya opuesto a esos proyectos o programas sociales o políticos, no quiere decir necesariamente, que los haya rechazado como se rechazan los hechos de una demanda judicial, sino que los apoyó en el fondo —otorgamiento de verdad a lo que se niega— aun cuando los cuestionó en aspectos de forma. Y como estamos de acuerdo usted y yo en esto, ya que no he hecho otra cosa que desarrollar su mismo pensamiento pero en sus rigurosas consecuencias lógicas, me considero relevado de aducir casos concretos, que sería excesivo.

Es por lo que acaba de decirse Luis, que no me explico la incongruencia —esta sí que es grave— en que incurre cuando afirma, a pocas líneas no más de haber hecho el descubrimiento anterior, lo siguiente: "Por otra parte, esto no significa que el diario La Nación haya desempeñado un papel positivo en el desarrollo de nuestra democracia social". Hacer la función de antítesis, como paso indispensable para la síntesis, que es progreso y desarrollo, ¿no es por ventura, desempeñar un papel positivo, don Luis? O usted se perdió en sus propios artificios lógicos a que quería someter el análisis del tema, o lo traicionó Freud haciéndole víctima de una concesión, **extra ratio**, a quienes se propone justificar y enaltecer. Yo sé que usted no se va a enojar conmigo porque le diga estas cosas, no sólo porque es muy inteligente, sino porque de eso se trata. Usted hizo al través mío un planteamiento al país pero yo me tomo el derecho, como cabeza de turco en que de pronto me vi utilizado, de glosar sus meditaciones. La democracia social en Costa Rica, mi querido amigo, es obra de todos los costarricenses, hasta de los ricos, hasta de los llamados reaccionarios. Aquí nadie se ha opuesto en serio a una política de mayor justicia social. Ni la guerra civil del 48 fue por el Código de Trabajo, ni Otilio Ulate ni Figueres representaban, entonces, al capitalismo que quería derogar esas conquistas sociales.

"¿Y la famosa frase del poder económico asociado al poder político?", me pregunta usted, o pregunta al país, como cuestión candente después de haber afirmado que su grupo no tiene el designio de "suprimir algún órgano de comunicación colectiva, o de restringir el ejercicio de alguna de nuestras libertades", y después también, de proclamar el derecho que tiene —y que nadie se lo ha negado, agrego yo— el partido Liberación Nacional de contar con sus propios órganos de comunicación colectiva". Fuera de que olvida que su partido de ahora, tuvo por muchos años su propio periódico, que dejó morir por causas que no interesa traer aquí a colación, debo decirle que plantea usted un problema que ya no responde a la realidad.

"Yo lo que quiero es ser Presidente"

Viene de la Pág. 3

Vea, Luis, cómo uno cae, sin darse cuenta en todo eso de que usted habla al comienzo de su encíclica y nos valemos de simples frases, de *flatus vocis*, para armar la argumentación de lo que precisamente queremos hacer. Si usted promete no ofenderse, yo le diría que en ese sesudo pasaje de su exposición, referente al falso problema del poder económico asociado al poder político, usted no dice lo que dice, sino que pareciera que en realidad lo que quiere decir no es por cierto, "yo lo que quiero es ser presidente", sino, yo lo que quiero o queremos, es unir el poder político al poder económico con el control del principal medio de comunicación colectiva —Excelsior—. Alguien una vez me dijo que era de hombres inteligentes el ser mal pensado. Desde entonces yo hago el esfuerzo, que me cuesta mucho porque soy medio ingenuo, créamelo, de pensar mal cuando veo que las cosas se me ponen turbias.

El poder económico, don Luis, y usted lo sabe mejor que yo, hace años que está en Costa Rica muy disperso y que hay de todo en cada partido político, como en la viña del Señor. El poder económico a que usted alude, por otra parte, nunca intentó en serio, ni logró, organizarse políticamente, tanto porque faltaron cuadros y auténticos líderes, sobre todo después del 48, como porque faltó partido. En cambio su grupo, su partido de ahora, sí ha descrito en su ya larga trayectoria, una cierta tendencia hacia la asociación de esas dos fuerzas determinantes del país. Déjeme decirle por ejemplo, que el sector público de la economía nacional, hoy día factor decisivo en el quehacer empresarial del país, hace años de años que está en poder del partido Liberación Nacional. ¿Entonces?

Como de este tema en adelante su exposición comienza a derivar hacia tópicos más menudos, que han sido debatidos hasta la sacie-

dad por la opinión pública en múltiples sentidos, y sobre los cuales hay muy poco nuevo que decir, tales como la crisis del partido Liberación Nacional, las relaciones de Excelsior con Vesco, las de Vesco con el señor Figueres y otras más de igual calibre, le pido licencia, por estar su carta dirigida a mi persona, para no referirme a ellas. Hay que tener clemencia con los lectores, sobre todo después del sacrificio que hicieron leyendo hasta el final el *tour* endiablado a que usted los sometió.

Sin embargo, no quiero dejar sin comentario la parte última de su mensaje, en que sugiere —¿será esta la palabra?— algo así como la necesidad de despolarizar al país.

Quisiera creer que no obstante lo sinuoso del camino que usted recorre y hace recorrer a quien lo lea, el propósito suyo es el de plantear con motivo del nuevo gobierno que dentro de pocos días se inicia, la posibilidad de una actitud nacional más abierta al diálogo y más constructiva. Si la carta suya y la respuesta mía pudieran de alguna manera conducir hacia la apertura de una política de despolarización nacional, de distensión, de confluencia hacia nuestras grandes tareas, tenga la seguridad de que la ocurrencia suya de escribirla y publicarla podría ser algo muy afortunado.

Del Lic. don Daniel Oduber tengo una buena opinión. Creo que puede, si quiere, hacer un buen gobierno. Tiene capacidad y deseo de diálogo y una valiosa experiencia dentro y fuera de su partido. Pero tiene que comenzar por decidirse a hacer un alto en el camino y por abocarse a los tres o cuatro grandes problemas que realmente tiene el país y sin cuya solución todo lo demás es engaño, ilusión y demagogia. De ahí que a mi juicio, Luis, la unidad nacional no debe ser ni entendida, ni emprendida, ni formulada como simple operación política entre grupos, movimientos o partidos. Esa

unidad que yo llamaría mejor despolarización, debe resultar, oígame bien, resultar, de un esfuerzo común, de todos, por plantearse seriamente, objetivamente, sin segundas intenciones, las realidades más graves del país. Estoy seguro de que si se lleva a cabo este ejercicio con el "método lógico estricto" que usted recomienda y con sinceridad, llegaríamos todos, los de un partido y los otros, a las mismas conclusiones, a las mismas alternativas. Pero para que este milagro de inteligencia política se produzca en este país de políticos y se produzca como usted quisiera, esto es, en este mismo gobierno de don Daniel Oduber, hay que tomar la iniciativa y la iniciativa la tiene, por razones obvias, el presidente que asume la primera magistratura de la República el próximo 8 de mayo. Hay que desanimar a los cabeza caliente y hay que decirle a ciertos periodistas y a ciertos políticos que quienes no están de acuerdo con el proyecto de asignación familiar, por ejemplo, no necesariamente son unos cavernícolas enemigos de los pobres, ni quienes están a su favor, son necesariamente progresistas y amantes de la justicia social.

Yo entiendo que usted escribió para hablar de esto que le estoy hablando y no para hablar bien de Figueres, de Vesco, de Excelsior y de don Daniel Oduber. Por eso dejo de lado todo lo que el documento suyo tiene de meramente anecdótico y de panegírico. Ya nada de eso interesa, porque ya es historia y esa historia aunque sea reciente, no es más que un cúmulo de escombros que es preciso arrumbar para seguir el camino. Espero que haya quedado usted complacido y que yo haya dicho "lo que no he dicho". Pero si alguna duda le quedara a usted zumbando en su magín, acláremosla con el café a que queda usted desde ahora invitado.